OPOSICIONISTAS Y OPOSICIONES

LA HISTORIA EXTRAÑA Y PINTORESCA DEL OPOSITOR ANCIANO QUE NO QUERIA APROBAR

Ha de llenarme de melancolía —me dijo el viejo ex presidente apenas llegado a su casa aquella tarde—narrarle la historia de Rosaña. La historia de Rosaña es la historia de toda mi vida: arranca en mis años mozos y fina cuando, doblada la vertiente, el reúma y la arterioesclerosis me llevan, poco a poco, hacia el más allá. A pesar de ello, nunca me perdonaría el silenciarla. La historia de Rosaña es una historia clásica. ¡Habrá tantos Rosañas de menor cuantía perdidos por esos mundos...! Oigala usted.

Al ser nombrado por vez primera secretario del Tribunal era yo muy joven. Me agradaba verme convertido en juez de quienes apenas si lo eran más que yo, y supe presumir bien a conciencia desde el estrado y me apliqué bien pedantescamente en las respuestas a las cartas de recomendación. Entre los opositores de aquel año figuraba Rosaña. Julio Rosaña y Salvat tenía la mínima y feliz edad precisa para opositar. Sus ideas, como su preparación, no habían sazonado aún; el Tribunal lo comprendió muy pronto, y Julio Rosaña y Salvat obtuvo una puntuación deficiente: deficiente, sí, pero hostigadora. "Aunque de momento no sea posible abrirle las puertas del cuerpo, insista usted—le dije cuando me saludó—, que lleva ya mucho adelantado y todos lo miramos con simpatía." Julio Rosaña, en efecto, volvió a los dos años. Su semblante era muy otro y en él claramente se veía que no habían transcurrido en balde. Tuvo, sin embargo, mala suerte y se estrelló. Su fracaso, según nos dijeron, le afectó muchísimo: comprometía en la oposición un gran caudal de esperanzas y de optimismos. Julio Rosaña se desanimó y, al año siguiente, sus temas resultaron deslabazados, inconexos y vacuos: hubo necesidad de suspenderle. Al decretar su sentencia de muerte yo me permití objetar: "¡Pobre muchacho! Es el tercer desengaño que se lleva!" Los vocales suspiraron con pena. Dura "lez sed lex". Rosaña fué sacrificado.

A partir de aquel momento nos acostumbramos todos a la anual visita de Rosaña. Era el más veterano de los opositores, y ya, al sentarse, cambiaba con nosotros una muda sonrisa. En él nos veíamos como en un espejo, y a medida que la frescura de su mocedad, con el transcurso del tiempo, iba borrándose de su rostro, nos dábamos cuenta de que el nuestro se apergaminaba también. El décimo año de oposición el presidente tuvo un rasgo de mucha simpatía. Al presentarse Rosaña le tendió la mano con afecto.

—Señor Rosaña — le dijo—, pienso ascender en diciembre; así que el año próximo ya no presidiré. Siempre le he mirado con cariño, y celebraré que, de no poder aprobarle ahora, mis sucesores tengan más suerte que yo.

Rosaña contestó conmovido en breves palabras. Nunca olvidaría aquella gentileza del presidente; él, en todo momento, había respetado sus fallos; jamás había sentido la tentación de escribir en las pareces: "Fulano es un tal y Mengano es un cual", como hacían otros suspendidos, llenos de despecho; felicitaba al presidente y le auguraba considerables éxitos en su carrera. El acto resultó solemne en su misma sencillez. Luego, ya dentro del ejercicio, como Rosaña disparatase al hablar del Consejo de familia, no hubo más remedio que reprobarle.

Pero esto fué un motivo para que nuestra amistad se acrecentara. En las oposiciones inmediatas yo lo presenté al presidente nuevo, tan culto como campechano. Rosaña, a prevención, llevaba unos puros y nos los repartió. Hablamos de política, de segundas tiples y de toros, hasta que el presidente dijo, dándole a Rosaña una cariñosa palmadita en el hombro:

—Bueno, cuando guste...

Rosaña extrajo las bolas con la graciosa soltura adquirida en su larga práctica de opositor, y las sometió a la escrupulosa interrogación de los quevedos del secretario.

—¡La 78!—dijo el secretario.

—¡Basta! — atajó Rosaña—. ¿Han visto ustedes qué suerte? La 78 me salió el año 1864, el 1872, el 1903 y ahora. Habla de la compensación y de la novación. De la compensación no se me ocurre otra cosa sino que viene de *cum pensare;* de novación no sé ni la etimología. ¿Por qué me acordaré de esta idiotez? ¿Por qué no me acordaré de algo más práctico? Voy a tener que retirarme.

—No, hombre, no, no se retire usted—repuso el presidente—. Díganos cualquier cosa; le oiremos de buen grado.

—¡Si no sé nada!...

—No le importe; tampoco nosotros — respondió el presidente con modestia excesiva.

—¡No, no, prefiero marcharme! Además, no me encuentro bien, la verdad.

—¡Ah, si es por eso!... La salud ante todo, don Julio.

—¡Ya se va haciendo uno viejo!—lamentó Rosaña.

—Ni que lo digas, amigo — corroboró el magistrado.

—¡Vaya, señores—dijo entonces Rosaña—, hasta el año próximo!

Todos nos pusimos de pie.

—¿Qué tal los pequeños? — inquirí yo.

—¡Tan hermosos como siempre! —replicó aquel buen padre de familia.

—Deles un beso en mi nombre.

—De su parte.

Fueron las últimas palabras que había de oírle en mucho tiempo. Transcurrieron varios años sin que hubiera oposiciones. En la primera de ellas no figuró en la lista de los opositores el nombre prócer de Rosaña.

—¿Qué le pasará? — nos preguntamos, alarmados—. ¿Estará enfermo? ¿Se habrá muerto?

—¡Hum! — dijo un bedel—. El pobre don Julio padecía del hígado.

—¿Del hígado?—repetí, horrorizado.

No paré, naturalmente, hasta dar con Rosaña.

Pero, ¿y esa ausencia, ingratón?—le reproché.

Todo era por culpa del tema 78, según me contó. No quería ir sin saberlo bien. ¡Como le tocaba siempre!... ¡Además, había pasado ya de la edad reglamentaria y gestionaba la autorización precisa para opositar, pese a ella.

—Si te la otorgan, ¿irás a las del próximo otoño?

—Desde luego. Y, además, dispuesto a llevarme plaza—aseveró.

¡Cuánto entusiasmo produjo en todos su arranque! Y llegó octubre, y Rosaña con él. ¡Oh!, sin exagerar un ápice, su ejercicio fué un buen ejercicio. El tema de compensación lo bordó. Sólo al enumerar los requisitos que habían de concurrir para producirla flaqueó un instante.

—Diga cualquier camelo—apuntó el presidente—. Nos da igual.

Rosaña dudó un momento, inclinó la cabeza, bajó la voz, precipitó las palabras y estuvo hablando así minuto y medio. Nunca supo nadie lo que dijo entonces; pero todos los jueces balanceamos de arriba abajo nuestras cabezas, como si oyéramos hablar a la mayor inteligencia en los términos de la mayor claridad. Hubo un instante de peligro. Poco antes de terminar, Rosaña vacila un punto y pide permiso para retirarse. Estupor general. Pánico en las filas. Pero yo era ya en aquel entonces presidente, y a mí me cupo la gloria de zanjar el escollo. Di un gran golpe en la mesa y dije:

—¡Qué venia ni qué ocho cuartos! ¡De ningún modo! ¡El Tribunal no autoriza al opositor a retirarse y le suspendería si le contradijera!

Un vocal, al mismo tiempo, habíase situado en la puerta y repetía:

—¡No te dejaremos salir, Rosaña, no te dejaremos!...

¿Qué hacer, puestas en este término las cosas? Al final nos distrajimos unos minutos a propósito. Así Rosaña—¡no hay que ser demasiado exigentes!—pudo cambiar por un tema fácil uno difilillo que le había salido.

Tres minutos más tarde, en consecuencia, concluía por vez primera en su vida un ejercicio de oposición; cuatro minutos más tarde caía en brazos de sus hijos, que le abrazaban conmovidos; quince días más tarde se le nombraba para desempeñar el cargo y, desgraciadamente, a las dos semanas se hacía preciso separarle del servicio activo, porque cumplía la edad reglamentaria y se le jubilaba.

JOAQUIN CALVO SOTELO

La Voz
13 Febrero 1928
(51)